

Algunos comentarios sobre el Neolítico en Aragón

V. Baldellou

Lo que sigue a continuación debe considerarse como un mero intento de recopilación de los problemas que, en el día de hoy, rigen el estudio del período neolítico en Aragón, por lo que se espera la comprensión del lector para un texto de fondo eminentemente elucubratorio, en el que se vierten más dudas que otra cosa y en el que las digresiones y conjeturas prevalecen frente a cualquier consideración firme.

Antes de empezar a hablar del Neolítico en las tierras aragonesas, resulta imprescindible señalar y resaltar el carácter incipiente de su investigación y, en consecuencia, la parvedad de la documentación que estamos en condiciones de manejar; las lagunas de conocimiento siguen presentando en la actualidad una envergadura mayor de lo que cabría desear, en tanto que el conjunto de datos que se han aportado en estos últimos años han servido —como era lógico esperar— en mayor medida de vehículos para intrincar aún más el panorama y para dejarnos atisbar un poco su complejidad y menos como elementos simplificadores que permitieran una relativa clarificación del mismo.

Aunque sea a mucha menor escala —y con unas bases de información todavía más endeble que en otros casos— parece ser que en Aragón se dejan traslucir idénticos problemas y análogas cuestiones a los que se tienen planteados en territorios vecinos con registros arqueológicos similares. Las interrogaciones vigentes incumben al origen del Neolítico aragonés, a sus formas de implantación sobre su ámbito geográfico, a su incidencia en el seno de las poblaciones indígenas, a la mayor o menor antigüedad de determinadas producciones alfareras, al grado de asunción de las nuevas directrices económicas por parte de las comunidades neolíticas, a la posible interrelación entre éstas y las pinturas rupestres, etc.

TEORÍAS SOBRE EL ORIGEN

Si alguno de tales aspectos pudiera darse como obvio dentro del marco territorial que nos ocupa, sería el que hace referencia al asunto de un origen propio o importado para la neolitización del solar aragonés. Parece en principio un tanto absurdo, dado el estado actual de la investigación, suscitar aquí reflexiones de ninguna índole sobre el posible autoctonismo de nuestro Neolítico, ya que, además de participar Aragón en el mismo horizonte que es común a otras regiones colindantes en cuanto a la ausencia de agriotipos, resulta evidente que no nos encontramos frente a un núcleo cultural que, ni por su riqueza y su densidad, ni por su situación alejada del litoral, permite que sea tenido como un foco especialmente relevante, siquiera como un foco con personalidad propia respecto de los grupos catalán y valenciano que lo flanquean hacia el E.

Si aceptamos las tendencias actuales, las cuales se inclinan claramente a situar los primeros asentamientos plenamente neolitizados de la Península Ibérica en las zonas costeras más favorables de Cataluña y Valencia, no cabe otra consideración para el Neolítico aragonés que la de un núcleo de neolitización secundario, fruto de una penetración tierra adentro siguiendo los ejes fluviales como vías de circulación más rápidas (1). Cuando observamos el mapa de distribución de los yacimientos cardiales, salta a la vista la existencia de dos densos focos litorales situados en las comarcas barcelonesas que rodean la capital catalana y en los alrededores del cabo valenciano de La Nao, a cuyos flancos disminuye notoriamente dicha densidad hasta ofrecernos auténticos vacíos de considerable extensión en cuanto a la presencia de establecimientos neolíticos. Este

hecho lleva inmediatamente a pensar no sólo en la posibilidad de dos núcleos de colonización geográficamente bien definidos, sino también en el carácter marítimo de la supuesta inmigración que daría lugar a los mismos.

El argumento expresado no puede encerrar demasiadas vacilaciones en cuanto a su teórica validez, si bien no por ello deja de mostrar ciertas contradicciones que, a buen seguro, responden en mayor grado a la escasez de datos disponibles —sobre todo los cronológicos— y menos a evidencias seguras que pongan en tela de juicio la hipótesis citada.

En Aragón, los yacimientos del Neolítico Antiguo Cardial se distribuyen en dos marcos geográficos bien delimitados y, hasta ahora, desconectados entre sí. Uno de ellos se extendería por las Sierras Exteriores prepirenaicas de la provincia de Huesca y el otro, separado del primero por una vasta superficie en blanco de más de ochenta kilómetros de anchura en línea recta, se centraría en el área del Bajo Aragón, en las cuencas de los ríos Guadalope y Matarraña, al NE de la provincia de Teruel y al E de la de Zaragoza. El alejamiento físico de ambos núcleos, unido al análisis de otras circunstancias diferenciadoras entre el carácter cultural de uno y de otro, llevaron al autor a remarcar la inexistencia de un Neolítico aragonés como un grupo homogéneo, coherente y personalizado de otros grupos regionales coetáneos (2), habiéndose llegado incluso a buscar para cada uno de ellos un origen emanado de estímulos exteriores de procedencia distinta: mientras las estaciones oscenses responderían a influencias o desplazamientos que partirían de la zona catalana, las del Bajo Aragón podrían constituir un sector periférico —e incluso marginal— del pujante círculo cardial valenciano, idea ya manejada con anterioridad por varios investigadores pero que choca con la cortapisa evidente de una separación física tal vez excesivamente notable de estas comarcas respecto del área más densa de concentración de estaciones en las riberas levantinas.

Las disparidades que distancian entre sí a los dos núcleos neolíticos aragoneses no se reducen al espacio que los aleja geográficamente, sino que atañen también a matices de mayor calado cultural cuya trascendencia resulta incuestionable: grado de adopción de las conductas económicas, contexto material, formas de hábitat, etc. Puede decirse que sus analogías se restringen casi exclusivamente a la relativa paridad de sus respectivos desarrollos cronológicos y a la utilización de las decoraciones impresas y cardiales en los repertorios cerámicos que les son propios.

En efecto, en el Bajo Aragón predominan los abrigos o las viseras como lugares de ocupación (Botiquería dels Moros, Pulido, Pontet, Costalena, Secáns), en tanto que en la provincia de Huesca, si bien los abrigos también están atestiguados (Forcas, Remosillo, Huerto Raso), son las cuevas las que se erigen como máximo exponente entre los sitios de asentamiento (Chaves, Moro, Brujas, Puyascada, Miranda, Gabasa). En ambas zonas existen los poblados, pero ninguno de ellos alcanza en sus fechas la antigüedad patentizada en los hábitats rupestres, demostrando su ubicación que la distribución geográfica antes mencionada se sigue manteniendo incluso en etapas neolíticas más avanzadas (Prepireneo —e irradiaciones perimetrales— y Bajo Aragón).

Por otro lado, la presencia de cerámicas impresas y cardiales en los yacimientos bajoaragoneses parece revelar una interferencia material dentro de contextos industriales de clara evocación epipaleolítica, sin que, en principio, su intrusión lleve consigo ninguna modificación, desde cualquier punto de vista, en referencia a sus tradiciones culturales ancestrales. Tal hecho no se produce en las estaciones oscenses, donde, salvo muy contadas excepciones, las comunidades neolíticas ofrecen un utillaje coherente con sus nuevos modos de vida y claramente alejado del que es asimilable a las sociedades cazadoras-recolectoras.

Finalmente, cuando en el Prepireneo de Huesca se encontraban firmemente implantados los fundamentos de la nueva economía de producción, en el Bajo Aragón mantenían una prolongada pervivencia las prácticas predatoras heredadas de las épocas precedentes.

Todo ello parece evidenciar un fuerte dualismo que hunde sus raíces en un factor fundamental dentro de cualquier estudio que se haga sobre el Neolítico: pronta integración de las comarcas septentrionales aragonesas en los cambios de comportamiento económico y técnico, en la que el uso de las cerámicas impresas y cardiales constituiría un elemento más dentro de un conjunto mucho más general y trascendente de innovaciones y de avances, y continuación de los hábitos epipaleolíticos en los parajes del Bajo Aragón, en cuyo contexto las cerámicas decoradas representarían poco más que una intercalación novedosa de escasa significación socioeconómica. Por lo visto, no resulta fácil sustraerse de la dicotomía establecida por algunos autores para la región valenciana, cuando distinguen entre neolíticos aculturados y neolíticos «puros» o «plenos» (3), bimorfismo per-

fectamente aplicable en el caso que aquí estamos mencionando.

Con todo, cabría plantearse si este biformismo cultural responde realmente a unos mecanismos de neolitización de diferente ascendencia o, simplemente, a la capacidad o interés de asimilación de determinados grupos humanos. Es decir, si ello debe explicarse o no a través de la hipótesis de trabajo según la cual las estaciones neolíticas aragonesas tendrían un origen diferente, viniendo a representar las del Bajo Aragón una ramificación periférica de un grupo tan potente y expansivo como el valenciano. El alejamiento de los abrigos bajoaragoneses de los focos primordiales se traduciría en someras aportaciones materiales que revelarían una impregnación técnica de carácter muy superficial, pues no llega a afectar la conducta de los receptores, ni en tanto a sus formas de vida tradicionales, ni siquiera en cuanto a su bagaje industrial, a no ser por la sustitución de los abruptos por los retoques en doble bisel en los geométricos. Las dataciones radiocarbónicas bajoaragonesas, menos elevadas que las más antiguas levantinas, se ajustarían bien a las premisas de la más estricta teoría difusionista, en tanto que la red fluvial de la región, aunque subsidiaria del Ebro, tiene, en las serranías prelitorales, un origen común al de las corrientes que desembocan en las costas valencianas; ello sin hablar del río Júcar, que une de la forma más directa posible unas y otras tierras. A pesar de estos aspectos favorables a la hipótesis expresada —que hacen que se deba seguir teniendo en cuenta tal posibilidad— la cuestión geográfica de la lejanía antes comentada creemos que sigue componiendo un obstáculo que tampoco debe desdeñarse. Con todo, aunque no quede claro en absoluto el supuesto lugar irradiador de las influencias percibidas por los pobladores del Bajo Aragón, parece incuestionable el carácter de sitios aculturados que manifiestan sus hábitats.

Cuando volvemos a echar una mirada al conjunto de yacimientos del Prepirineo de Huesca, vemos que el panorama sufre modificaciones importantes. Las comunicaciones fluviales resultan más fáciles hacia el territorio catalán que hacia cualquier otro lugar, lo que podría abonar la idea de una progresión continental hacia el interior que emanaría de los focos neolíticos que configuran el grupo ibérico nordoriental.

Ahora bien, si aceptáramos este planteamiento teórico como cierto, cabría inmediatamente esbozar los hipotéticos mecanismos de entrada de las directrices neolíticas en el ámbito geográfico del Alto Aragón. En principio, podríamos barajar tres posibi-

lidades: una difusión de determinadas prácticas económicas y de ciertas técnicas de utillaje que actuarían como elementos de aculturación de las poblaciones autóctonas; un avance progresivo y escalonado, tierra adentro, de grupos neolitizados en busca de nuevos espacios; por último, una llegada rápida de uno o más grupos que, en época muy temprana, asientan sus reales en un punto determinado y empiezan enseñada a explotar sus recursos.

Como el lector puede fácilmente comprobar, sugerimos aquí dos teorías enteramente difusionistas y otra, la primera de ellas, fundamentada en unos cánones aculturadores; las dos restantes revelan un criterio de «colonización» pura y dura, cuya única diferenciación estriba en una mayor o menor rapidez en la arribada de las nuevas poblaciones y, por consiguiente, en una mayor o menor antigüedad de los primeros asentamientos que se establecerían en nuestro entorno.

La hipótesis aculturacionista, la propuesta por nosotros respecto de las estaciones bajoaragonesas turolenses y zaragozanas, no nos parece la más viable para que sea aplicada a los yacimientos oscenses. Ello no quiere decir que no se den casos evidentes de aculturación (Forcas lo es), pero nos inclinamos a pensar que tales fenómenos —hasta ahora muy escasos, por otra parte— se producen más por medio de unos contactos ya endógenos, es decir, salidos del propio medio físico altoaragonés, que a través de estímulos foráneos que representen la irrupción de nuevos influjos en un marco geográfico todavía virgen. La ausencia de un número relevante de sitios aculturados y la omnipresencia de un punto tan esencial como lo es la Cueva de Chaves son circunstancias de peso para que, en principio, rechacemos la eventualidad de esta vía de penetración como plausible. Luego volveremos sobre el asunto de lo que, según nosotros, representa Chaves en el proceso de neolitización del solar altoaragonés.

En cuanto a la segunda teoría, la primera de cariz colonizador, parece asimismo desestimable, aunque sólo sea en razón de las altas dataciones que poseemos para determinados lugares (Forcas, Chaves, Moro), las cuales parecen refutar el modelo de una progresión escalonada y relativamente lenta al alcanzar —e incluso superar— en antigüedad el nivel cronológico atestiguado en las estaciones catalanas, en las que se deberían buscar los rastros de esta marcha gradual hacia Aragón. Por demás, la existencia de un yacimiento de la índole de Chaves condiciona una vez más nuestros pensamientos en este sentido: un avance por etapas siguiendo una dirección de E a

W, por rápido que éste sea, no sólo implica que los lugares ubicados hacia levante sean siempre más antiguos que los situados a poniente, sino que también acarrea la presencia de eslabones intermedios que marcan el camino desde los núcleos primordiales hasta el destino final de los desplazamientos. En el momento de redactar estas líneas, parece incuestionable que no se han localizado eslabones de categoría similar a la que ostenta la Cueva de Chaves, al tiempo que las fechaciones obtenidas en esta última son tan viejas o más que las que se corresponden con estos potenciales engarces intermedios.

Tal vez no haría falta expresar nuestra preferencia particular por la tercera posibilidad, la de una «colonización» rápida y directa y muy antigua en referencia al cuadro cronológico general que se asigna al grupo neolítico catalán. De nuevo —y ahora más todavía— Chaves deviene el argumento capital a la hora de escoger entre las diversas opciones: se trata de un asentamiento completamente neolitizado desde sus inicios, tanto en el aspecto económico como en el material, y con un desarrollo temporal largo y continuado, equiparable, en cuanto a las fechas, a las más elevadas dataciones de las conocidas en las áreas costeras de Cataluña. Por demás, cuando los habitantes de Chaves se asientan en la cavidad, ésta no se encuentra poblada, por lo que puede hablarse perfectamente de un establecimiento «ex novo» en el lugar: los niveles de ocupación magdalenienses, subyacentes a un estrato estéril de considerable potencia y separados en el tiempo por un lapso superior a los cinco mil años, nada tienen que ver en absoluto con el momento de habitación neolítico.

Chaves se convertirá así en el paradigma perfecto de un establecimiento nuevo, por parte de unas gentes también nuevas que, a su vez, son portadoras de un bagaje tecnológico y de una conducta económica que significan también unas aportaciones totalmente novedosas. Sería la cara opuesta de la representada por los yacimientos bajoaragoneses, en los que unas comunidades de ancestral arraigo sobre la zona recibirían determinadas impregnaciones de carácter exclusivamente material, como consecuencia de unos estímulos de procedencia exógena.

Así pues, opinamos que hay razones suficientes para colocar a la Cueva de Chaves como un ejemplo evidente de lo que podría haber sido de un asentamiento de «colonizadores» en el sentido más exacto, los cuales, dueños de una cultura ya enteramente formada, se instalan en un espacio habitacional «de nueva planta» y lo toman como residencia y sede de

una manera estable y prolongada. De ahí a considerar que Chaves es una especie de «punta de lanza» o de «cabeza de puente» para la difusión del Neolítico en los parajes oscenses sólo queda un paso, pero es un paso difícil de dar por causa de la falta de informaciones sólidas que lo avalen indiscutiblemente. Tan sólo podemos señalar que parece que poseemos una clara muestra-patrón de la llegada de unos «colonos» y que, en términos absolutamente hipotéticos, éstos pueden tener mucho que ver con el posterior proceso de neolitización de las comarcas prepirenáicas inmediatas, primeramente como factor aculturacionista (Forcas) y, más adelante, como foco generador de expansiones colonizadoras sucesivas (yacimientos epicardiales colindantes).

Aceptando la premisa de una inmigración precoz, pueden explicarse algunas de las contradicciones que acabamos de exponer al tratar de la segunda teoría: en un caso de colonización de esta índole no es imprescindible buscar y encontrar eslabones intermedios, ya que un desplazamiento tan rápido como el que en este caso parece revelarse implica un movimiento prolongado en el que se observan únicamente las detenciones imprescindibles, en cuyo transcurso, siempre breve, no se llegan a dejar rastros perceptibles; dicho de otro modo, estaríamos ante el traslado de un grupo de pioneros que sigue su camino ininterrumpidamente y que sólo lo da por terminado cuando se topa con el lugar adecuado para sus pretensiones, instalándose en el mismo de forma definitiva. En este orden, no cabe duda de que las condiciones de habitabilidad de la Cueva de Chaves pueden calificarse de excepcionales, no sólo por su capacidad de ofrecer refugio en razón de sus enormes dimensiones, sino también por su ubicación física en concreto, con agua al pie de la caverna, con campos roturables en sus inmediatas proximidades para ejercitar unos cultivos incipientes y con, al mismo tiempo, unos paisajes agrestes y serranos contiguos en los que practicar alguna actividad venatoria o el pastoreo de ovicaprinos.

Siguiendo en la misma línea, las citadas paradojas cronológicas también pierden buena parte de su significado: las dataciones de los yacimientos más o menos cercanos hacia levante (Balma Margineda, Cova del Parco) no tienen por qué ser más antiguas ya que pueden responder a desplazamientos «colonizadores» distintos o más recientes e incluso a unas formas y vías de difusión completamente diferentes, lo cual no resultaría nada ilógico cuando les hemos desprendido de su responsabilidad como eslabones intermedios entre lo oscense y lo catalán más oriental.

No obstante, tampoco sería del todo honesto olvidar ahora las contradicciones a las que hacíamos mención al principio de este trabajo, contradicciones tal vez no demasiado sobresalientes a la luz de la escasez de las seriaciones cronológicas disponibles para el Neolítico Antiguo catalán, pero que tampoco debemos dejar de mentar. Si bien puede resultar explicable una mayor elevación de las dataciones de Chaves con respecto de las de los yacimientos catalanes que jalonarían otras hipotéticas rutas de neolitización tierra adentro, no ocurre lo mismo si transportamos los elementos de comparación a las estaciones costeras, que configurarían en teoría el núcleo inicial y originario del proceso de arribada de las nuevas directrices económicas hasta nuestras tierras.

Y la realidad es que, por lo que conocemos en estos momentos en cuanto a datos cronológicos catalanes, las fechas más altas de Forcas y de Chaves superan en mayor o menor grado a las más antiguas de las adquiridas en Cataluña, siendo precisamente las correspondientes a los lugares interiores las que mayor afinidad ofrecen con las nuestras, con diferencias apenas aparentes en algún que otro caso (Balma Margineda). Dado que a estos yacimientos de la cuenca del Segre se les atribuye un origen oriental —al igual que aquí hacemos con los del Alto Aragón—, el hecho de que ofrezcan —al igual también que los nuestros— las dataciones más antiguas de entre todas las catalanas no deja de ser una paradoja que embiste frontalmente contra el meollo más íntimo de toda hipótesis difusionista que se precie.

Con todo, como ya decíamos asimismo con anterioridad, pensamos que tales discrepancias se deben, sobre todo, a la ausencia de repertorios cronológicos completos y amplios que nos permitan una visión panorámica lo suficientemente significativa para sacar de ella conclusiones categóricas y estamos seguros de que la deseable proliferación de nuevas fechaciones que va a producirse en un futuro próximo servirá para poner finalmente las cosas en su sitio.

Y es que la misma paradoja la tenemos instalada en nuestra propia casa, donde el nivel con cerámica cardial de Forcas supera en ciento setenta años a la fecha más elevada de las conseguidas en Chaves. Y puesto que Forcas se interpreta como un caso de aculturación de una población epipaleolítica que sigue ejerciendo sus modos tradicionales de vida a pesar de la intrusión en su seno de la alfarería, ¿cómo puede explicarse que su cronología sea superior a la del yacimiento que —según nuestra idea— actuaría como protagonista en el proceso de neolitización de

las Sierras Exteriores prepirenaicas de la provincia de Huesca?

Volvemos a insistir en que manejamos unas seriaciones de datas muy limitadas y que resulta excesivamente arriesgado utilizarlas de manera demasiado terminante o contundente. La documentación disponible, por incompleta, debería ser tomada como un mero indicador aproximativo más que como un instrumento sólido para apoyar o rebatir drásticamente unas disquisiciones teóricas que, desgraciadamente, vienen a ser igual de endeblés que los pocos datos que sirven para sustentarlas.

Ahora bien, la propia fragilidad de todo el panorama presente también permite —sirva de demostración todo lo dicho hasta ahora— un margen bastante notorio a la elucubración y a las consideraciones más hipotéticas. Por ello tampoco podemos hurtarnos de comentar un nuevo elemento de reflexión que viene introducido a través de un instrumento prácticamente inédito en los estudios arqueológicos al uso: el análisis de los caracteres genéticos de las poblaciones (4). Según este enfoque, un determinado impacto demográfico, el cual se atribuye a la expansión del Neolítico en Cataluña y en la Península Ibérica, indicaría con relativa claridad que la neolitización penetraría por el Pirineo oriental desde las regiones meridionales francesas y que acarrearía una importante aportación humana, capaz de dejar un rastro genético perfectamente valorable.

Se trataría, pues, de una nueva teoría difusionista de cariz «colonizador», pero sus formas de difusión serían terrestres en lugar de marítimas, produciéndose así un cambio de orientación en cuanto al emplazamiento de los supuestos núcleos iniciales de irradiación de las conductas económicas de producción, los cuales se verían trasladados hacia el interior. Este planteamiento, además, podría presentar ciertos visos de verosimilitud a la vista de las posibles rutas geográficas a seguir, pues el paso desde el Rosellón hasta Puigcerdà aparece muy expedito ascendiendo el cauce del río Tet, empalmando fácilmente desde allí con las cuencas del Segre y del Cinca.

Aunque no estemos en condiciones de rebatir argumentadamente ninguna idea innovadora y aunque tal planteamiento ayudaría a explicar hasta cierto punto el desajuste antes mentado entre las dataciones más altas de los yacimientos de tierra adentro respecto de las más bajas de las estaciones litorales, pensamos que, quizás por nuestra misma ignorancia sobre estas cuestiones, hay que ser muy cauteloso todavía en referencia a una tan interesante hipótesis como ésta y seguir basando nuestras escasas bases de

conocimiento en los registros arqueológicos, por mermados que éstos se nos ofrezcan en algunas ocasiones.

EL PAPEL DE LO CARDIAL

Porque, a la luz que dichos registros nos proyectan, parece evidente que las cerámicas cardiales van ligadas, tanto en Aragón como en Cataluña, a los primeros vestigios de implantación del Neolítico. ¿Cómo se interpreta entonces que los yacimientos más ricos en ornamentaciones hechas con «cardium» se concentren, en Cataluña, en la Depresión Prelitoral y en las serranías contiguas? ¿Es lógico admitir que las comarcas más ricas en cardinal estén tan separadas de los puntos de entrada de lo que la teoría de los efectos genéticos sugiere? ¿Es normal que en las cercanías de dichos puntos prevalezcan las decoraciones epicardiales o la mezcla entre ambas técnicas?

¿Es que, acaso, estamos frente a un fenómeno de colonización que sigue el modelo hipotético que hemos defendido para la Cueva de Chaves, es decir, un desplazamiento rápido, sin eslabones intermedios, que se detiene sólo al llegar a los lugares más idóneos? En tal eventualidad, habría que buscar un posterior movimiento de «reflujo» mediante el que explicar una segunda fase de neolitización hacia el interior de Cataluña que, a la vista de los repertorios cerámicos y salvo las contadas excepciones, parecería en principio más reciente.

Tampoco se nos muestra demasiado claro —y volvemos a algo ya comentado— el hecho contradictorio de que las dataciones más antiguas para lo cardinal se conozcan precisamente en regiones periféricas y distanciadas del núcleo más rico y vigoroso, pero renunciamos a seguir insistiendo en este aspecto para no entrar en nuevas y farragosas disquisiciones y para no seguir sobrevalorando unas fechas aisladas que, por sí solas, pueden tener mucho menos valor que el que aquí parece que les queremos atribuir.

Retomando lo dicho más arriba, parece fuera de toda duda que la alfarería cardinal queda atestiguada en los niveles más antiguos de los yacimientos neolíticos aragoneses: en Forcas representa no sólo la primera introducción de material cerámico dentro de un contexto de fuerte evocación epipaleolítica, sino que se convierte también, a pesar de su ínfima cantidad, en el único tipo de decoración documentado, mientras que en la Cueva de Chaves se integra en un com-

plejo industrial más amplio y plenamente neolitizado, desde los mismos inicios de la ocupación de sus nuevos habitantes; de igual manera, las decoraciones de «cardium» se asocian con los más viejos vestigios de aculturación que reciben los abrigo bajoaragoneses de Botiquería dels Moros, de Costalena, de Pontet y de Pulido.

Poco puede decirse del fragmento de cerámica cardinal procedente de la Cueva de las Brujas de Juseu (cuya recuperación fuera de contexto no permite otra cosa que la simple constatación de su existencia), con lo que se nos aparece un panorama harto simple en lo que respecta al papel jugado por las ornamentaciones cardiales como instrumento difusor de las corrientes neolitizadoras: en el único caso en que se patentiza su inclusión en un horizonte enteramente sumergido en una conducta económica de producción es en la Cueva de Chaves; en el resto de estaciones alto y bajoaragonesas, su aparición pone de manifiesto una mera intrusión técnica que no entraña cambios de comportamiento relevantes.

Así pues, si bien puede decirse que las ornamentaciones hechas con «cardium» se corresponden con las producciones alfareras más antiguas de Aragón, habrá que expresar asimismo que su sola presencia no constituye en absoluto un síntoma de neolitización económica. Pese a ello, pensamos que sí nos puede servir como indicador fehaciente de que, en zonas más o menos cercanas, se han establecido ya las formas de vida productivas en el seno de unas comunidades que utilizan dichas decoraciones de un modo normal y corriente.

Si, en lo tocante a los abrigo bajoaragoneses, estos vecinos «neolíticos plenos» están mal documentados o se encuentran considerablemente alejados de ellos, no es ésta la coyuntura de Forcas, donde, a buen seguro, mucho tendría que ver la Cueva de Chaves en la irrupción de los elementos cardiales en su seno.

Y es que la Cueva de Chaves no es solamente un ejemplo indiscutible de un asentamiento de colonización, sino que tiene también la entidad suficiente para que, en su campo de influencia, ejerza una función generadora de estímulos que vaya transformando, poco a poco o más deprisa, las formas de vida tradicionales de los grupos humanos que permanecieran en sus alrededores próximos e incluso en los menos inmediatos.

Aunque en múltiples ocasiones se tiende a identificar a los poblados al aire libre con los lugares de habitación estable y prolongada, en contraposición con las cuevas, que representarían por su parte un

tipo de ocupación esporádico y poco duradero, opinamos que la Cueva de Chaves debe ser considerada como un claro exponente de residencia permanente. Sus inmejorables condiciones de habitabilidad —ya esbozadas antes y entre las que sobresale su impresionante tamaño, capaz de contener en su interior el recinto superficial de un poblado entero— quizás la convierten en un caso extraordinario, pero el lapso temporal que nos proporcionan sus dataciones radiocarbónicas atestigua un asentamiento continuado de seiscientos cincuenta años, confirmado además por las pautas evolutivas que se perciben en su utillaje cerámico. Así las cosas, no quedan márgenes de duda para pensar que una estación tan importante y con una pervivencia tan amplia como la citada tuviera que jugar el papel determinante que le atribuimos en referencia a la neolitización de los territorios prepirenaicos oscenses.

Dicho papel —aunque limitado en principio, como parece indicar la escasa dispersión de las decoraciones hechas con «cardium» en la provincia de Huesca— comenzaría ya desde una época lo suficientemente temprana como para que fuesen las cerámicas cardiales el testimonio más aparente de la actividad neolitizadora, la cual no seguiría un modelo único y homogéneo, igualitario, sino que se vería esencialmente matizado, en casa de los receptores de los influjos, por aspectos muy variados, tales como el índice de receptibilidad de los aculturados, las características físicas del medio geográfico o el grado de adaptación de los grupos autóctonos a dicho marco físico.

Porque parece incuestionable que los mecanismos de implantación del Neolítico son completamente diferentes cuando se analiza un ejemplo de «colonización» pura o se atiende a un patrón de aculturación de comunidades indígenas radicadas desde antiguo en determinado lugar. El protagonismo que despliegan las características del entorno es determinante en la segunda eventualidad, pero resulta mucho menos concluyente en la primera, en la que ha habido una elección previa del sitio de establecimiento, según unas premisas que se basan ya en las necesidades concretas que dictan unos comportamientos asimilados con anterioridad. Así pues, serían los aculturados los que chocarían en mayor escala con el problema de una adecuación más o menos difícil de sus territorios históricos a unas nuevas formas de vida. De ahí, tal vez, la resistencia que se revela en algunos yacimientos a abandonar sus prácticas tradicionales recolectoras y cinegéticas, cuando en Chaves pueden permitirse el lujo de desarrollar una economía de producción mixta.

En consecuencia, podríamos volver a afirmar que la difusión de las cerámicas cardiales no implica nada más que el uso común, por parte de unos grupos humanos de diversa extracción, de un tipo específico de alfarería. La neolitización integral de estos grupos parece que no se produce hasta un momento más avanzado, probablemente, al igual que en Cataluña, cuando prevalecen ya las facies epi y post-cardiales, es decir, precisamente cuando las decoraciones hechas con «cardium» han perdido su vigencia.

Sin embargo, esta visión de un Neolítico Antiguo inicial, de variado contenido económico e industrial, pero hasta cierto punto unificado por la presencia generalizada de las producciones alfareras cardiales, tampoco resulta del todo convincente ya que, una vez más, aparecen contradicciones que rompen el esquema propuesto. Nos estamos refiriendo a la Cueva del Moro de Olvena (Huesca), en la que se ha obtenido una datación que se correspondería enteramente con la de un cardial pleno para un conjunto de cerámicas impresas entre las que faltan las realizadas con «cardium». De nuevo una sola fecha, de nuevo un dato insuficiente.

Algún investigador (5) intenta justificar esta ausencia a través de la posible no disponibilidad de materia prima de origen marino por parte de los habitantes del Moro, los cuales imitarían las decoraciones cardiales con los elementos que tendrían a mano y darían lugar a una facies cronológicamente paralela a lo cardial que podría recibir tanto la denominación de «estilo pericardial» como la de «epicardial antiguo». Sin rebatir la buena lógica de tal interpretación, sí que convendría expresar aquí ciertas matizaciones que vienen a ponerla en tela de juicio, aunque sólo sea parcialmente: en la Cueva de Chaves, situada a unos treinta kilómetros de la Cueva del Moro, en dirección W., las ornamentaciones cardiales se están utilizando desde un momento anterior al de la fecha de Olvena; lo mismo ocurre en Forcas, pero con las circunstancias añadidas de que la distancia entre ambos yacimientos es todavía menor (unos 8 km en línea recta) y de que los dos se ubican sobre el mismo cauce fluvial, estando, por lo tanto, perfectamente comunicadas; finalmente, más cerca todavía se encuentra la Cueva de las Brujas de Juseu, situada tan sólo a unos 6 km hacia el E. Por otro lado, en la propia Cueva del Moro han aparecido conchas marinas —entre ellas las de «cardium»— que se han utilizado como objetos de adorno y un conjunto de una cincuentena de cuentas de collar de variscita que, una vez analizadas, parecen provenir, con toda probabilidad, de la explotación minera de Can Tintorer, en

Gavá y en el litoral de Barcelona. En consecuencia, puede concluirse, como primera providencia, que los ocupantes de la Cueva del Moro no encontraban demasiadas dificultades para proveerse de otros elementos de procedencia marítima y, como segunda, que tales dificultades, si es que las había —que parece que no—, deberían de ser idénticas a las de los tres yacimientos vecinos que hacían uso de las cerámicas cardiales de un modo habitual. Somos de la opinión de que la ausencia de impresiones de «cardium» no puede descifrarse únicamente por mor de un alejamiento substancial de las costas mediterráneas, sino que, a buen seguro, responde a otros aspectos aún inciertos que ahora no estamos en condiciones de averiguar. Además, la Cueva del Moro no representa un caso único, más notable todavía lo es, en razón de la mayor elevación de sus dataciones, la Cova Fosca, en la provincia de Castellón (6), con cerámicas que desde el punto de vista tecnológico bien podrían ser clasificadas como epicardiales pero cuyas fechas superan en antigüedad a la mayor parte de las obtenidas para los horizontes cardiales.

¿No es la cardinal la única cerámica que puede asimilarse a las fases más antiguas del Neolítico? ¿Existen dos corrientes materiales distintas que puedan llegar a coexistir tanto física como cronológicamente? ¿Puede ser una de ellas más antigua que la otra en determinadas regiones y viceversa? Son éstas unas cuestiones aún imposibles de responder de forma terminante, aunque nosotros sigamos prefiriendo atribuir a lo cardinal el papel de intérprete principal en el proceso de neolitización incipiente, al menos en lo que respecta a nuestros territorios. Basarse en la Cueva del Moro para suponer otra cosa sería un desatino considerable, en primer lugar porque la mayor parte del material extraído en el yacimiento proviene de depósitos removidos, en segundo término porque una sola fechación no basta para afinar adecuadamente su cronología real y, finalmente, porque el registro arqueológico del Moro no deja de mostrar ciertas anomalías: su industria lítica se identifica mejor con la correspondiente a Chaves 1a (Cardial final, con pocas ornamentaciones hechas con conchas), las decoraciones que ofrecen sus cerámicas se avienen más con las facies epicardiales, en tanto que algunos aspectos de su morfología, su manufactura y el tipo de desgrasantes concuerdan en mayor medida con el Cardial pleno de Chaves (7). Es decir, el mero análisis del bagaje material recuperado tampoco resulta nada determinante a la hora de establecer una adscripción clara y concreta y una fecha única y aislada no puede suponer nunca una infor-

mación suficiente para utilizarla de manera concluyente.

Otra cosa resultaría volver a plantearnos la adecuación de términos como «epicardial», «pericardial» o «postcardial» (8), pero no es éste el momento de tomar sobre ello. Sólo querríamos señalar que siguen sin quedar claras muchas cosas todavía y que lo que se conoce como cerámica epicardial se asocia usualmente con la cardinal propiamente dicha en casi todos los yacimientos del Neolítico Antiguo —con mayor porcentaje, al parecer, en los niveles más recientes que en los más primitivos— y alcanza solamente su personalización propia —bajo la citada denominación— cuando aparece aislada. Dicho de otro modo, el nombre de epicardial se refiere más a la ausencia de ornamentaciones de «cardium» en determinados contextos materiales y mucho menos a unas características concretas y definitorias de un tipo de alfarería, el cual, como ya hemos dicho, aparece también en los registros arqueológicos correspondientes al pleno florecimiento de las decoraciones con conchas. Así pues, lo epicardial se particulariza especialmente cuando estas últimas han acabado por desaparecer, o sea, que también encierra el concepto una significación cronológica evidente, la cual lo coloca en un momento concreto en el que lo específicamente cardinal ha caído ya en desuso y, en contrapartida, perviven y pasan a ser exclusivas otras clases de ornamentación ya conocidas en etapas precedentes, aunque sea en niveles porcentuales muy variables.

Por consiguiente, si acaso el complejo cultural de la Cueva del Moro bien podría ser considerado como epicardial desde el punto de vista de la falta de ornamentaciones efectuadas con «cardium», aceptaría mucho menos dicha denominación desde el punto de vista cronológico, en el que se asimilaría plenamente con el momento tipificado por la cerámica cardinal. Es muy arriesgado utilizar los términos con un sentido material en ocasiones y con un sentido temporal en otras, pues ello da cancha a la confusión en la aplicación de la terminología: lo cardinal y lo epicardial son lo que son tanto como técnicas alfareras cuanto como definidores de una época cronológica precisa y, estrictamente, deberían dejar de serlo al fallar una de las dos premisas.

No puede decirse que la Cueva del Moro de Olvena es epicardial por el simple aspecto de sus repertorios cerámicos, porque ello nos llevaría a una fase del Neolítico en la que las cerámicas cardiales se habrían ya extinguido y que no se correspondería en la realidad con la fecha obtenida en el yacimiento. Si

a «epicardial» se le añade el calificativo de «antiguo», la contradicción se sigue manteniendo, pues, por antiguo que sea lo epicardial, siempre será posterior al momento de utilización de las impresiones realizadas con conchas. Eso es así o debe desdotalse a este término de su contenido cronológico y relegarlo meramente a su acepción tecnológica.

HACIA LA PLENA NEOLITIZACIÓN

Y parece que no es ésta la significación que se le da habitualmente a lo epicardial, hasta el punto de que también se le asigna un carácter esencial dentro del proceso de difusión de los cánones neolitizadores dentro de un círculo cultural tan importante como lo es el catalán. En efecto, parece evidente que, en Cataluña, la total inmersión de su territorio en las nuevas formas de vida no se produce más que a partir del Epicardial, el cual significaría el desbordamiento de unos límites geográficos (reducidos, durante el Cardial pleno, a la zona nuclear configurada por algunas comarcas barcelonesas, litorales o próximas al mar), la expansión del Neolítico por la práctica totalidad del Principado y la ruptura de la relativa unidad representada por las cerámicas decoradas con «cardium».

Dicho proceso de neolitización, ya expuesto y repetido en varias ocasiones por diversos autores, ha sido recientemente estructurado en tres fases por J. Mestres (9), basándose para ello en el esquema interpretativo formulado por A. Gallay en la zona de los Alpes (10). Aunque sea sólo a guisa de aventura maniobra teórica, quizás resulte interesante un ensayo de aplicación del mismo en el ámbito aragonés, aun a sabiendas de que la escasez de datos disponibles para ello dota al intento de un palmario sentido de provisionalidad.

La primera de las tres fases aludidas (Fase Pionera) se correspondería con el Neolítico Antiguo Cardial y estaría protagonizada por grupos ya enteramente neolitizados, tanto técnica como económicamente, los cuales se asentarían en unos parajes vírgenes apropiados a sus necesidades concretas. Aunque se provocarían contactos con poblaciones autóctonas, éstos serían de índole esporádica —al no coincidir con ellas en las mismas zonas de habitación— y no acarrearían vínculos aculturacionistas ni secuelas importantes para las mismas.

Visto lo expuesto, cabría preguntarse como primera cuestión si dichos asentamientos primigenios responden a un avance progresivo de ocupación de

tierras, como intuye Mestres, o a un desplazamiento colonizador más rápido en el tiempo y más prolongado en la distancia, como el que hemos propuesto para la Cueva de Chaves, la cual, en el Prepirineo oscense, asumiría la máxima representación de esta fase con el establecimiento de unos «pioneros» foráneos en unas tierras intocadas todavía por agricultores y ganaderos, pero favorables para la práctica de ambas actividades.

En segundo término, también convendría calibrar el problema de la repercusión de una ocupación de esta índole sobre los habitantes indígenas de la zona, pues presuponer un vacío poblacional absoluto en el área de influencia de la nueva instalación neolítica y, por consiguiente, la ausencia de mecanismos de aculturación en esta etapa primitiva no deja de resultar un ejercicio excesivamente hipotético, incluso a pesar de que las diferentes exigencias económicas de ambas sociedades pudieran reclamar unos diferentes caracteres edafológicos para los entornos respectivos y ello hubiera contribuido a restringir en buena medida los contactos. De una u otra forma, parece indudable que estos contactos existieron y solamente quedaría por medir el grado de las connotaciones culturales que éstos llevarían consigo. ¿Puede considerarse aculturación la irrupción de la cerámica en un medio humano de economía cazadora y recolectora o ello es, simplemente, una muestra material —y sin otra significación— que aporta el testimonio de estos acercamientos? Tal vez si fuese la alfarería el único elemento que, dentro de un registro arqueológico enraizado en épocas anteriores, patentizara una modificación del contexto tradicional pudiera entonces hablarse de una estricta y somera «impregnación», pero la generalizada substitución de los retoques abruptos por los efectuados en doble bisel puede revelar una implicación más profunda, cuyo sentido no estamos en condiciones de valorar en estos momentos.

Así las cosas, las cerámicas cardiales esporádicas de Forcas y de Juseu podrían tomarse como los exponentes de una relación todavía indeterminable —aculturación o simple contacto— entre las gentes arribadas a la Cueva de Chaves con las que conocían un viejo arraigo en el mismo sector o en los colindantes, relación que podría tener consecuencias diversas e intensidades variables pero cuya antigüedad queda atestiguada por el tipo de alfarería que sirve para documentarla.

Menos adaptables a la presente teoría se nos ofrecen los yacimientos neolíticos bajoaragoneses, ya que no encontramos en sus proximidades ningún

punto de entidad suficiente al que atribuir la responsabilidad de las aculturaciones o de los contactos que habrían dado lugar a la presencia de ornamentaciones hechas con «cardium» en los abrigos de Botiquería, Pulido, Costalena o Pontet. Ni hacia el territorio catalán ni hacia el valenciano tenemos localizado un hipotético «eslabón cardial» de relevancia que sirviera para suministrar los estímulos correspondientes, pero hay que tener también en cuenta que nos enfrentamos a un dato negativo y que, por consiguiente, sólo debe dársele la importancia relativa que le corresponde.

La segunda fase (Neo-pionera) se produciría a continuación de la precedente y respondería a un fenómeno de segmentación del área nuclear (11) provocado por su propio crecimiento demográfico, lo que llevaría a una expansión colonizadora secundaria en unos entornos ecológicos distintos e incluso menos favorables.

Se correspondería, arqueológicamente y «grosso modo», con las facies epicardiales y significaría la propagación de las directrices neolíticas por el resto de las comarcas catalanas, ocasionándose entonces —según Mestres—, junto al citado movimiento colonizador, la aculturación propiamente dicha de los grupos autóctonos de cazadores y recolectores. El abandono de las decoraciones cardiales se justificaría como un reforzamiento de las señas de identidad de los nuevos «pioneros» frente a las técnicas ornamentales usadas en los núcleos originarios.

El planteamiento de J. Mestres, metodológicamente impecable, quizás se resienta un poco de representar un esfuerzo de adecuación de un modelo foráneo a un marco geográfico distinto del ámbito para el que fue concebido o, tal vez, de estar fundamentado esencialmente en aspectos de cariz territorial por mor de la falta de otros datos arqueológicos lo suficientemente expresivos. Ello no resta validez a su exposición, cuyo carácter general permite, por otro lado, bastante margen de movimientos a la hora de proceder a su aplicación sobre otros contextos físicos.

Así pues, se puede hasta cierto punto polemizar con la aseveración que pregona la ausencia de efectos aculturacionistas en la Fase Pionera (ya hemos manifestado más arriba nuestras dudas al respecto), argumento que no se nos muestra demasiado sólido cuando parece claro que las cerámicas que sirven de testimonio de la interacción entre colonizadores y autóctonos son, en Aragón, siempre las cardiales, es decir, las características de la etapa inicial del proceso, desconociéndose hasta el momento los ejemplos

de aculturación en los que sean las alfarerías propias del Epicardial las que sirvan de vehículo para que tal fenómeno se produzca.

Por el contrario, hay que decir que las estaciones aragonesas epicardiales se nos ofrecen, en su mayoría, como pertenecientes a unos grupos plenamente neolitizados en sus comportamientos económico y tecnológico, con unos índices porcentuales de especies domésticas superiores, en sus registros faunísticos, a los que se obtenían en los yacimientos o en los niveles más antiguos: 95% en la Esplugu de la Puyascada, 80% en la Cueva del Forcón y 87% en la sala inferior de la Cueva del Moro, frente al 70% de la Cueva de Chaves y al 40% de las galerías superiores de la misma Cueva del Moro. Por otro lado, también son epicardiales las cerámicas que aparecen en los primeros poblados al aire libre documentados hasta ahora, tales como El Torrollón y Fornillos (Huesca) o como Alonso Norte, Las Margaritas, Las Torrazas, Balsa La Salada y Cabezo Vara I (Teruel).

Así pues, tanto en el Prepirineo oscense cuanto en las comarcas bajoaragonesas, parece que las contadas aculturaciones tienen lugar en la Fase Pionera tipificada por el uso de las cerámicas cardiales, aunque también hay que decir que no estamos capacitados para concretar exactamente a qué momento del Neolítico Antiguo Cardial hay que atribuirlos. Ciertamente es que la datación de Forcas —la más alta de todas las neolíticas aragonesas y catalanas— abogaría por una época temprana, pero hay que repetir que la falta de repertorios cronológicos amplios no nos permite ser tajantes al respecto. Y es que puede hacerse un tanto difícil intentar una abstracción en la que neolíticos y autóctonos se mantuvieran inicialmente casi aislados, con muy pocos contactos entre sí en razón del reducido índice cuantitativo de las poblaciones de los segundos, del carácter disperso de las mismas y de las diferencias territoriales dictadas por las respectivas necesidades de explotación. También podría pensarse que los grupos residuales de cazadores y recolectores controlarían dilatados y variados espacios para garantizarse el máximo aprovechamiento de los recursos naturales, imprimiendo una gran movilidad a sus correrías periódicas o estacionales, la cual vendría a favorecer las relaciones —más o menos esporádicas— desde muy pronto, a pesar de que realmente no coincidieran los medios geográficos específicos de unos y de otros.

Estamos enteramente de acuerdo, en cambio, en lo que se refiere a la mentada segunda colonización sobre territorios intactos, con la consiguiente ampliación de las áreas neolitizadas y con la relativa prolife-

ración de nuevos yacimientos. Ahora bien, cabría asimismo plantearse la precocidad de este propio fenómeno en algunos casos concretos, pues tampoco hay que rechazar de plano la posibilidad de que la Cueva del Moro, a pesar de su alta datación absoluta, respondiera a una primera oleada de segmentación de la Cueva de Chaves y que la ausencia de ornamentaciones hechas con «cardium» pudiera explicarse como fruto de ese intento de reforzar el particularismo o la personalidad de los nuevos colonos respecto del núcleo originario. Al fin y al cabo, tal como hemos indicado con anterioridad, el único elemento diferenciador relevante entre los registros de Chaves y del Moro reside en las decoraciones de sus alfarerías, concretamente en la no utilización del «cardium» como medio ornamental en las cerámicas de este último yacimiento, presentándose el resto de caracteres materiales mucho más coincidentes entre sí.

Lo que sí puede afirmarse con toda seguridad es que es precisamente en los inicios de esta segunda etapa o Fase Neo-pionera cuando se constata que en la Cueva de Chaves termina el momento de ocupación neolítico, con un estadio final caracterizado por un notabilísimo descenso de la presencia de las impresiones de conchas y por un predominio manifiesto de las decoraciones efectuadas con otros utensilios. Dicha circunstancia, que viene a matizar el fenómeno de segmentación por crecimiento poblacional y que puede responder a un agotamiento progresivo de los recursos de explotación de los territorios colindantes o a cuestiones más prosaicas tales como el desprendimiento de grandes bloques del techo de la caverna¹, acarrearía unas consecuencias parecidas a las producidas por el aumento demográfico y no deja de resultar curioso que las nuevas estaciones epicardiales altoaragonesas se distribuyan radialmente alrededor de Chaves a unas distancias

¹ En efecto, en la Cueva de Chaves se produjo el desprendimiento cenital de enormes bloques rocosos en una época indeterminada pero posterior al momento de ocupación neolítico, ya que los mismos descansan sobre el depósito arqueológico del yacimiento. Las masas pétreas no sólo tienen un tamaño formidable y un peso de varias toneladas, sino que también cayeron en número suficiente como para cubrir la mayor parte —a pesar de sus inmensas dimensiones— del vestíbulo de la cavidad. Este hecho dio lugar a que la Cueva de Chaves viera considerablemente mermadas sus condiciones de habitabilidad, lo que, probablemente, comportó que la gruta no volviese a ser nunca más utilizada como un lugar de ocupación estable. El problema estriba en establecer si el momento de la caída de los bloques aconteció mientras estaba la cueva habitada —hecho que originaría, sin lugar a dudas, su abandono inmediata— o si sucedió cuando ésta ya había dejado de usarse como vivienda por parte de sus pobladores neolíticos.

que oscilan entre los 20 y los 50 km en línea recta y en todas direcciones, excepto hacia el NW. Ello podría darnos a entender que la Cueva de Chaves, ya en los últimos momentos de su desenvolvimiento habitacional, pudo haber servido de foco matriz para la expansión secundaria del Neolítico por otros parajes oscenses, aunque con ello acabara por desaparecer la propia metrópoli primigenia.

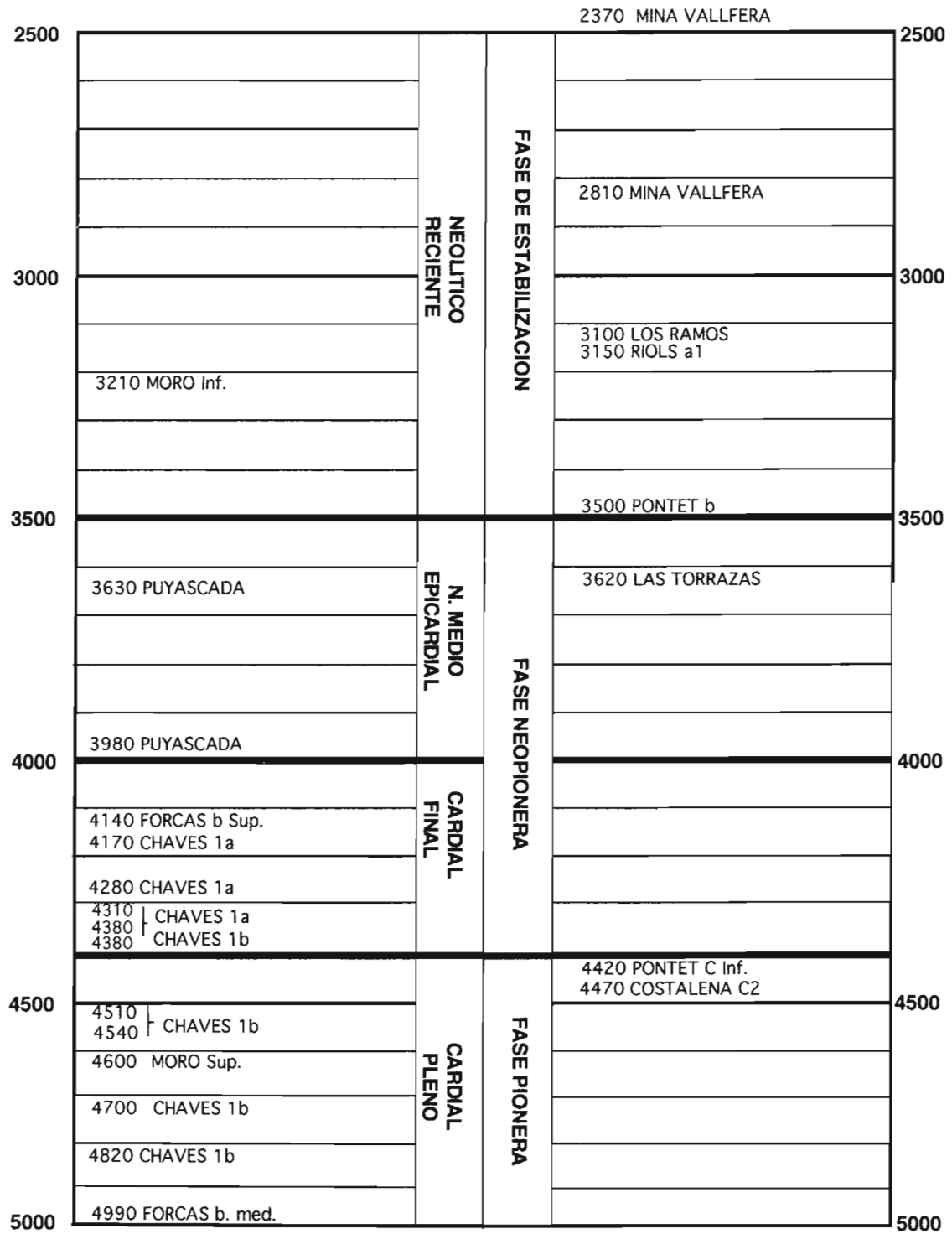
La tercera fase o Fase de Estabilización representa la definitiva fijación de las comunidades en su territorio, con el establecimiento de unas fronteras bien delimitadas y con una regionalización inicial de los estilos cerámicos que viene a reafirmar la personalidad y la identidad de los grupos humanos. Se corresponde, en Cataluña, con el Neolítico Antiguo Evolucionado y con el Neolítico Medio, siendo también destacable la aparición de las necrópolis como posible vínculo de unión de los muertos y de la sociedad con respecto de la tierra a la que pertenecían y como plasmación indicativa de una territorialidad más firme que nunca antes.

En Aragón esta Fase de Estabilización se nos muestra dispersa y mal atestiguada, ya que los yacimientos que se le pueden asignar son escasos y se nos presentan un tanto inconexos e incluso aislados, tanto desde el punto de vista geográfico como desde el que atañe a sus registros arqueológicos. No obstante, esta misma dispersión material encajaría perfectamente con la regionalización de las cerámicas antes citada, la cual parece constatarse de manera fehaciente: mientras en la galería inferior de la Cueva del Moro, en el Abrigo de Huerto Raso y quizás en el Forcón puede intuirse una pervivencia de las técnicas ornamentales a base de impresiones e incisiones, en Pontet b prevalecen las alfarerías lisas o provistas de suaves cordones, en Riols I se detectan influencias de cariz «veraciense» y en Mina Vallfera son las propias de la cultura catalana de los Sepulcros de Fosa las que predominan. Por demás, estas dos últimas estaciones coinciden con el esquema propuesto por Mestres al documentarse en las mismas la presencia de auténticas necrópolis, con enterramientos dotados de estructuras muy elaboradas y cuyas dimensiones los convierten en «cuasi» megalíticos.

Más problemáticos de vertebrar en este proceso secuencial resultan los monumentos dolménicos propiamente dichos, los cuales restringen su distribución física a la montaña pirenaica y prepirenaica de la provincia de Huesca; hasta el momento, los exiguos elementos que se han podido recuperar en su interior han sido pobres y poco expresivos, pero no han proporcionado materiales neolíticos de ninguna clase,

**ALTO ARAGON
(HUESCA)**

**BAJO ARAGON
(TERUEL Y ZARAGOZA)**



debiendo filiarse todos ellos en el Calcolítico. Pese a ello, no puede descartarse en absoluto una utilización anterior de tales sepulcros y, aunque la misma no haya podido todavía ser atestiguada, tal vez ello se deba a la extrema precariedad que los ajuares nos presentan.

Así pues, recapitulando un poco sobre todo lo dicho, parece evidente que las fases elaboradas por J. Mestres para el Neolítico catalán son de aplicación similar para el territorio aragonés, donde la Fase Pionera estaría protagonizada por la Cueva de Chaves en lo que respecta a las tierras altoaragonesas y por otros estímulos aún indeterminables en cuanto a los yacimientos del Bajo Aragón. Lo que puede ser más discordante es el hecho de que, según los datos actuales que poseemos, los contactos aculturacionistas tendrían lugar en nuestro solar ya durante el Neolítico Antiguo Cardial, si bien no podemos precisar con seguridad durante qué etapa concreta de su desarrollo se producirían; si atendemos a Forcas, la aculturación sería notablemente precoz, bastante más que en Costalena y en Pontet, pero, en todo caso, las cerámicas decoradas con «cardium» constituyen el denominador común de todos estos lugares —a los que cabe añadir el Abrigo de la Botiquería dels Moros y el Abrigo del Pulido, sin referencia cronológica absoluta— y nos sirven para sustentar la afirmación que acabamos de expresar.

La Fase Neo-pionera significaría la difusión de las directrices neolíticas sobre territorios más amplios y, en consecuencia, una relativa proliferación de las estaciones. Ahora bien, la totalidad de las mismas nos revela unos caracteres culturales ya enteramente neolitizados, dentro de los que cabría señalar la aparición de los primeros poblados al aire libre. Hasta ahora, no tenemos documentado ningún caso en el que sean las cerámicas epicardiales las que actúen como agente aculturacionista.

En la Fase de Estabilización parece originarse una dispersión de la relativa unidad material encarnada por lo cardial y, hasta cierto punto, por lo epicardial —quizás fruto de unas colonizaciones inicial y secundaria por parte de grupos ya formados y bastante homogéneos—, dispersión que podría exteriorizar la idea de unas evoluciones «in situ» a partir de elementos comunes que se van abandonando. Aparecen las necrópolis como otro nexa más entre las comunidades neolíticas y su entorno, lo que entraña un indudable sentido de territorialidad poco evidente en épocas anteriores.

NEOLITIZACIÓN Y ARTE RUPESTRE

Puestos a elucubrar, es posible que de esta idea de territorialidad pudiéramos extraer algunas consideraciones hipotéticas en un intento de relacionar el proceso de neolitización con las pinturas rupestres que aparecen en los mismos parajes en los que se emplazan las estaciones cardiales y epicardiales. Es de todos sabida la extrema dificultad con que topamos los prehistoriadores cuando tratamos de referir al arte parietal una cronología determinada o, siendo menos ambiciosos, una adscripción cultural aproximada. Tampoco pretendemos aquí hacer una cosa ni otra, sino simplemente exponer una serie de reflexiones que hemos ido madurando a la luz de recientes informaciones que nos han llegado y a través de prolongadas cavilaciones propias.

Hace algún tiempo, el autor hacía hincapié en la acusada concordancia geográfica que se observa cuando se superponen los mapas de distribución del Arte Levantino y el de los yacimientos con cerámicas cardiales de la Península Ibérica (12), circunstancia ya constatada con mucha anterioridad por Eduardo Ripoll (13) y que no sólo no se ha visto modificada en estos últimos años sino que ha sido confirmada con base en las sucesivas ampliaciones que han sufrido los respectivos marcos físicos; éste sería el caso atestiguado en el Alto Aragón, donde, a poco de ser descubierta la Cueva de Chaves, empezaron a localizarse covachos pintados con representaciones naturalistas en las serranías limítrofes.

Estas coincidencias evidentes en la difusión de ambas manifestaciones prehistóricas podían hacer pensar en determinadas concurrencias culturales, concurrencias que, a la vista de otros aspectos distintos a los meramente geográficos, nunca acabaron de hallar una viabilidad practicable. En efecto, dicha correspondencia territorial se hacía patente únicamente en la Península Ibérica, sin producirse, en cambio, en el arco costero del Mediodía francés o del NW liguir italiano, donde se desarrollan facies cardiales análogas a las nuestras, pero sin paralelos artísticos equiparables a los covachos levantinos españoles; si existe una notable homogeneidad entre lo neolítico de aquí y lo neolítico de nuestros vecinos mediterráneos, cabría suponer que existiría también algún tipo de parangón en lo que hiciera referencia a las representaciones rupestres naturalistas, cosa que parece confirmarse que no es así. Por otra parte, el exclusivo carácter cazador de que hace gala el Arte Levantino no congenia demasiado con unas formas de economía productiva, por bien que se detecten

casos de aculturación y de conductas predatoras residuales; resulta a todas luces anómalo que unas comunidades agrícolas y ganaderas utilizasen solamente la faceta venatoria para plasmar su temática pictórica, faceta, además, que muestra una importancia muy relativa y variable dentro del cuadro general de comportamiento de las sociedades neolíticas.

En resumen, debe presumirse que las concomitancias cartográficas no significan en absoluto una identificación cultural entre lo cardial y lo levantino, aunque sí pueden poner sobre la mesa otros aspectos interesantes, dignos de ser revisados y meditados, en cuanto a una posible interacción entre los neolíticos y los autores de dicho arte. Algunos trabajos recientemente publicados, tanto a partir del análisis de las propias pinturas (14) y de sus características técnicas (15) como por medio de estudios interpretativos sumamente atrayentes (16), han venido a aportar nuevas sugerencias que sirven para que tal revisión pueda ser abordada ahora con un mayor conocimiento de causa.

Los artículos de Alonso y de Grimal coinciden en atribuir un origen epipaleolítico para el Arte Levantino, atribución a la que llegan a través del examen, bajo diferentes puntos de vista, de las pinturas parietales de la Cueva de la Cocina. Dichas pinturas, trascendentales hasta el momento para establecer la adscripción cronológica de las representaciones naturalistas, fueron clasificadas por Fortea como pertenecientes al estilo «lineal-geométrico», de filiación pre-levantina, con lo que trasladaba el inicio del desarrollo de lo propiamente levantino a los alrededores del 5000 a. C. (17). Ahora bien, Alonso, tras efectuar un análisis minucioso de los trazos pintados de Cocina, llega a la conclusión de que los mismos pueden integrarse perfectamente dentro de las apariencias formales que caracterizan al Arte Levantino, lo que acarrea que la hipótesis de Fortea se vea sustancialmente modificada. Por su parte, Grimal alcanza unos resultados idénticos después de definir los utensilios empleados por los pintores naturalistas para efectuar sus obras (plumas de ave) y después de reconocer el uso de la misma técnica en la realización de los dibujos de Cocina, los cuales, según dicho autor, no pueden pertenecer a ningún otro círculo artístico que no sea el levantino en razón de su ejecución gráfica concreta.

El asunto encierra una gran importancia, ya que representa volver a los orígenes en cuanto a la calificación epipaleolítica de las representaciones levantinas, pues tanto Alonso como Grimal y como Fortea se muestran acordes con lo señalado por Pericot (18),

según lo cual las citadas pinturas, por su posición en el muro de la gruta, estaban cubiertas por los estratos cerámicos y deben ser asignadas a horizontes de Cocina fechados en el Epipaleolítico, concretamente entre el 6000 y el 5000 a. C. (Cocina II y Cocina III de Pericot o Cocina II y Cocina I de Fortea).

No comparte la opinión de Alonso y de Grimal el investigador Llabori de Mineo, el cual defiende la tesis de una procedencia neolítica para lo levantino, fruto del conflicto ocasionado por la colisión de intereses, en un mismo territorio, entre los grupos autóctonos y las comunidades neolitizadas. La rápida transformación del entorno ecológico por parte de los agricultores, debida a continuadas deforestaciones destinadas a conseguir nuevos espacios roturables, choca con las primitivas exigencias territoriales de los cazadores-recolectores que, dueños hasta entonces de un ámbito de explotación amplio y variado, ven cómo éste se reduce y se modifica, transgrediendo así unas reglas ancestrales nunca vulneradas con anterioridad. El Arte Levantino nace en el seno de los indígenas epipaleolíticos, como una reacción de éstos ante la progresiva avidez de sus vecinos neolíticos y no sólo como un intento de delimitación de un medio físico, sino también como instrumento para dotar a éste de un contenido simbólico definido. Así pues, si bien el Arte Levantino podría considerarse epipaleolítico en referencia a su extracción tecnocómica, no sería así en términos cronológicos, ya que surgiría para contraponerse a la nueva realidad constituida por la implantación del Neolítico en un determinado marco geográfico.

Las dos opciones expuestas, aunque discordantes en lo que atañe a las respectivas dataciones iniciales que se proponen para el Arte Levantino, resultan mucho menos antagónicas en lo que incumbe a su filiación cultural, pues ambas convergen en aplicar una ascendencia cazadora-recolectora al citado estilo pictórico. Esta designación preneolítica —aunque fuera en sentido económico más que cronológico— obvia también las paradojas y los desfases antes señalados en cuanto al carácter cazador de las representaciones naturalistas, contradicciones que se harían todavía más patentes cuando se sugiere la posibilidad de un comienzo avanzado, dentro del desarrollo del Neolítico, para las manifestaciones artísticas levantinas (19): un arte de tan claro linaje venatorio como el que traslucen éstas se aviene poco con unas fechas originarias relativamente tardías dentro de la nueva era, bien que las mismas pudieran ser perfectamente alcanzadas, a lo largo de su desenvolvimiento temporal, en forma de pervivencias más o menos dura-

deras al continuar con dicho tipo de arte las poblaciones aculturadas. Tales pervivencias vendrían a explicar los contados casos de superposiciones en las que lo abstracto y lo esquemático —o lo macroesquemático— subyace a lo levantino y no refutarían en absoluto los ejemplos, más numerosos y extendidos, en los que se produce lo contrario, es decir, en los que las imágenes naturalistas se encuentran por debajo de las esquemáticas. Estas últimas superposiciones abogarían por una prioridad del Arte Levantino con respecto del Arte Esquemático, mientras que las primeras revelarían la eventualidad de una coexistencia temporal de ambos estilos durante un lapso de tiempo más o menos prolongado, como fruto de dos registros culturales diferentes pero parcialmente sincrónicos.

Pasando de lo general a lo concreto, hay que decir que los yacimientos del Bajo Aragón, de fuerte raigambre epipaleolítica y neolitizados tan sólo en términos materiales a través de la aparición de la cerámica, se ven rodeados por estaciones pintadas levantinas que se ubican en las serranías prelitorales colindantes o en los somontanos inmediatos a ellas (Caídas del Salbime, Calapatá o Roca del Moros, Els Gascons, Val del Charco del Agua Amarga). Esta vecindad se hace todavía más evidente en las circunstancias del Plano del Pulido y dels Secáns, donde las representaciones naturalistas se sitúan junto a los propios emplazamientos arqueológicos. Aunque seamos conscientes de lo poco seguros que resultan los intentos de relacionar industria material y pintura, las características específicas dels Secáns, las cuales parecen manifestar un estadio de ocupación muy fugaz, tal vez limitado a la ejecución de las propias pinturas, podrían valernos para constatar la perduración antes aducida del Arte Levantino hasta el Neolítico, ya que la alfarería está presente en su registro arqueológico. Ello, claro está, siempre que asumamos la datación epipaleolítica sugerida por Alonso y por Grimal para dicho estilo rupestre. El Arte Esquemático propiamente dicho, por el contrario, no ha sido por ahora identificado en el marco geográfico concreto al que nos referimos.

En el Alto Aragón el panorama se nos muestra bastante más complejo porque coexisten en la misma zona corrientes artísticas de diversas especies: tenemos siete puntos con Arte Levantino, más de cincuenta con Arte Esquemático —a veces compartiendo las mismas cavidades con el anterior— y al menos dos en los que el subnaturalismo utilizado para plasmar las figuraciones animales se asocia a elementos abstractos de clara inclinación esquematizante. Sin

embargo, no nos sustraemos de comentar tres casos especiales que podrían ser bastante significativos: en unas pequeñas oquedades que se encuentran justamente enfrente de la tan traída y llevada Cueva de Chaves, se han localizado restos pictóricos de índole abstracta (Fig. 1) que forzosamente tienen que guardar correspondencia con los habitantes postpaleolíticos de la gruta, es decir, con sus pobladores neolíticos; en Remosillo o Congosto de Olvena y en Huerto Raso se da una contingencia análoga a la de Secáns, pues ambos han proporcionado un nivel de ocupación con cerámicas impresas extremadamente débil y efímero, correspondiente probablemente a la breve estancia producida por la realización de las pinturas contiguas, abstracto-esquemáticas en el segundo caso (Fig. 2) y subnaturalistas con imágenes abstractas —inéditas en el Arte Levantino— en el primero (Fig. 3). Son de señalar, por otro lado, las evidentes similitudes entre las figuras de Chaves y de Remosillo.

En consecuencia, en tanto que en el Bajo Aragón, territorio de contenido cultural predominantemente epipaleolítico o «neolítico aculturado», es el Arte Levantino el que prevalece, en el Alto Aragón, los únicos ejemplos en los que parece viable establecer ciertos vínculos entre los asentamientos arqueológicos y las pinturas rupestres parecen indicar una conexión entre los registros neolíticos y el Arte Esquemático. De nuevo se produce una dualidad evidente, quizás una traducción de la que hemos tratado en capítulos anteriores y que atañía al mencionado carácter de neolíticos «puros» y de neolíticos «aculturados».

Así pues, si el estilo levantino surge en el contexto de los grupos autóctonos epipaleolíticos que, a partir de un momento determinado, se verán obligados a compartir sus tierras con otras poblaciones ya neolitizadas —lo que puede implicar su pervivencia como reafirmación de su idiosincrasia o de su territorialidad—, tampoco resulta descabellado atribuir a estas últimas la autoría del otro gran círculo artístico, el esquemático, el cual llega a compartir asimismo con el naturalista ciertos parajes en algunos ámbitos geográficos, entre los que se cuenta también el Alto Aragón.

Siempre se ha dicho que el Arte Esquemático encierra un mayor discurso conceptual y una más evidente complejidad expresiva en comparación con el Arte Levantino, el cual nos mostraría una naturaleza eminentemente descriptiva. También se ha dicho que el Arte Esquemático representa un brusco cambio de mentalidad dentro del marco de las otras tra-

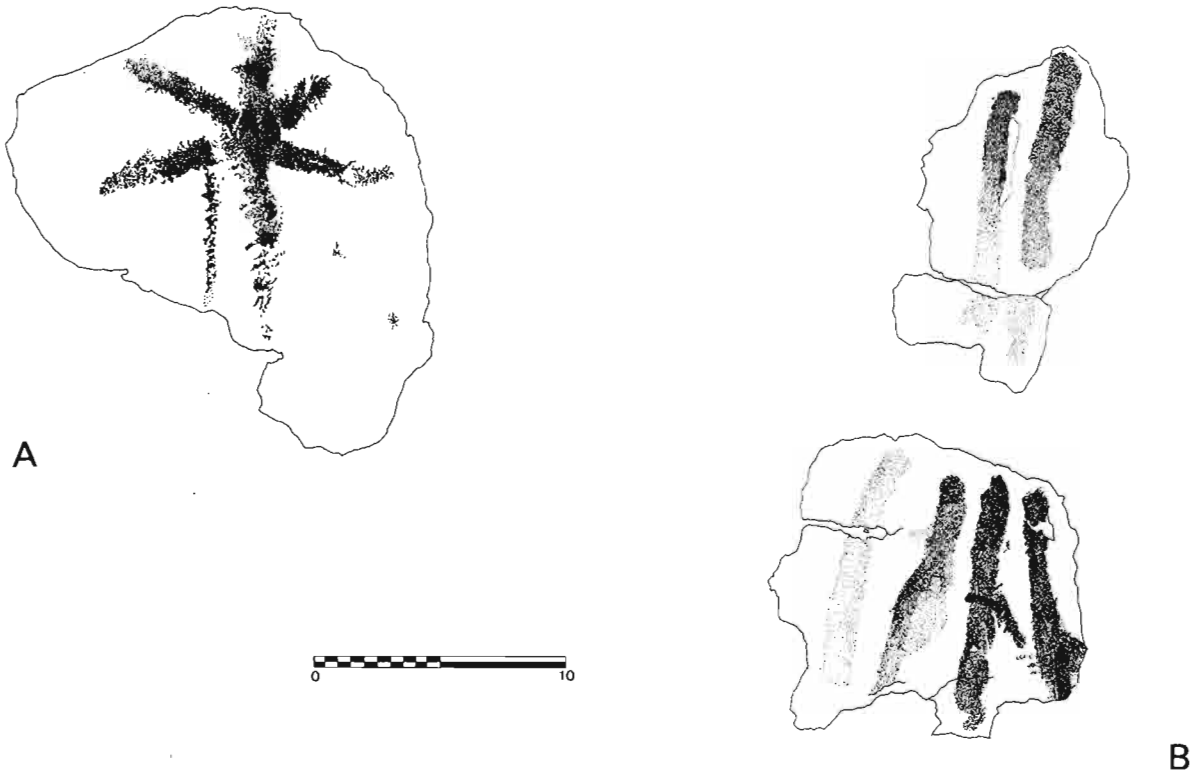


Fig. 1. Pinturas esquemáticas situadas frente a la boca de la Cueva de Chaves. A: Chaves 1, Sector 1; B: Chaves 2, Sector 1.

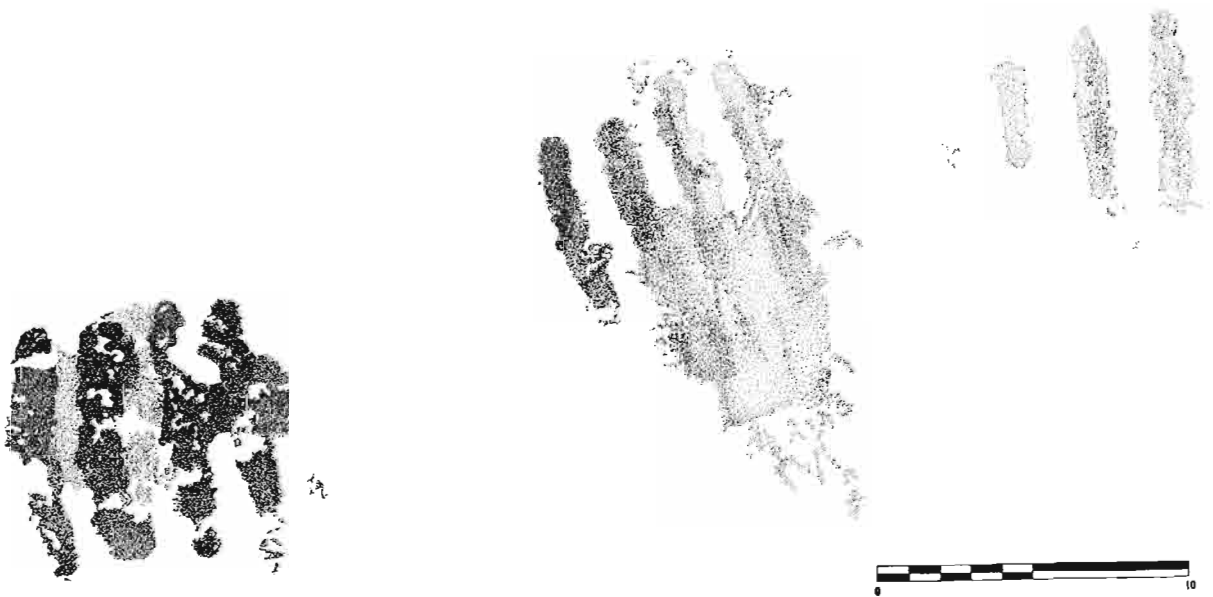


Fig. 2. Pinturas esquemáticas de Huerto Raso.



Fig. 3. Pinturas subnaturalistas y esquemáticas de Remosillo o Congosto de Olvena.

diciones pictóricas (anteriores o coetáneas) al introducir en sus conjuntos pintados elementos abstractos y alegóricos que sirven para codificar en gran manera su mensaje y para hacerlo prácticamente indescifrable a nuestros ojos. Tales afirmaciones, quizás un tanto arriesgadas cuando desconocemos por completo el posible contenido simbólico que entrañan en realidad una y otra corrientes rupestres, podría seguir manteniendo hasta cierto punto su validez, aunque sólo sea en razón de las apariencias formales que nos ofrecen ambos estilos.

Si aceptamos lo que acabamos de mencionar, cabría plantearse seguidamente cuándo se dan las condiciones idóneas para que se realice el citado «cambio conceptual» que acarrearía la consiguiente aparición de grafismos de tipo abstracto o esotérico y la implantación de las figuraciones sintéticas, esquemáticas, para dibujar tanto animales como seres humanos. Parece lógico pensar que una transformación de esta índole debe forzosamente responder a una auténtica ruptura en las estructuras sociales, económicas y técnicas de ciertas colectividades, que sólo al adoptar unas nuevas formas de vida adecuarían a las mismas sus propias manifestaciones artísticas, ruptura ésta que únicamente llega a alcanzar las dimensiones suficientes para que ello tenga lugar en lo que se ha dado en llamar «revolución neolítica», es decir, cuando las economías predatorias pasan a ser de producción y cuando las modificaciones de conducta son tan radicales que acarrear una «mentalidad» nueva basada en conceptos hasta entonces inéditos.

Por otro lado, también se ha dicho que, en términos muy generales, las expresiones artísticas formalmente más complejas se avienen mejor con las sociedades agricultoras que con las cazadoras, aseveración que podría ser bastante discutible a menos que restrinjamos su validez a los simples caracteres gráficos de las obras y marginemos un poco el contenido simbólico de las mismas, el cual ignoramos en uno y otro casos y que podría poseer parecida —o incluso superior— complejidad en el seno de unas comunidades dedicadas a las prácticas cinegéticas.

Así las cosas, no resulta en absoluto insensato identificar el Arte Esquemático con las poblaciones neolíticas y el Arte Levantino con las cazadoras-recolectoras de raigambre material epipaleolítica. Éstas, poseedoras desde antiguo de sus propias formas de manifestación artística —según las investigaciones de Alonso y de Grimal—, quizás las desarrollasen en mayor medida cuando percibiesen la presencia de los grupos neolíticos, con la intención de acotar territorios y de dotarlos de una significación

alegórica que respaldase su sentido de propiedad —teoría de Llavori de Mineo—. Es posible que a ello se deba la antes mentada coincidencia de las distribuciones geográficas de lo cardial y de lo levantino: una revitalización de lo segundo para «acotar» o «salvaguardar» unos espacios físicos vecinos a unos «invasores»/«colonizadores» cada vez más ávidos de tierras.

En el Bajo Aragón, el Arte Levantino perduraría en exclusiva con los grupos aculturados al no tener lugar una neolitización plena de sus comarcas hasta un momento relativamente avanzado (¿inicios del IV milenio?), materializado tal vez por el Epicardial de Alonso Norte. En el Alto Aragón, sus pervivencias le llevarían a coexistir con el Arte Esquemático conceptual introducido por los neolíticos «puros», siendo también posible que la completa expansión de las directrices neolíticas en su ámbito acarrearía la aparición de tipos mixtos (subnaturalismo asociado a abstracciones esquematizantes), las cuales acabarían por integrarse en un Arte Esquemático que casi podría calificarse de «historiado», con seres humanos y animales que llegan a constituir auténticas escenas (Barfaluy I, Mallata I, Mallata B1, Remosillo, Gallinero II...) y cuyo desarrollo hay que llevar a etapas ya posteriores.

Aunque podríamos extendernos en otras consideraciones teóricas, creemos que este último alarde elucubrativo sirve perfectamente para poner digno colofón a un trabajo de tan marcado carácter hipotético como éste.

BIBLIOGRAFÍA

- (1) GUILAINE, J. (1992). «Du Rhône à l'Èbre: Les prémices du Néolithique occidental». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra.
- (2) BALDELLOU, V. (1989). «El Neolítico Antiguo en Aragón». *El Neolítico Antiguo. Los primeros agricultores y ganaderos en Aragón, Cataluña y Valencia*. Huesca.
- (3) MARTÍ, B.; FORTEA, J.; BERNABEU, J.; PÉREZ, M.; ACUÑA, J. D.; ROBLES, F. y GALLARTE, M. D. (1987). «El Neolítico antiguo en la zona oriental de la Península Ibérica». *Premières communautés paysannes en Méditerranée Occidentale*. Paris.
- (4) BERTRANPETIT, J. y CALAFELL, F. (1992). «Deteció dels efectes genètics de la Neolític».

- zació en la població ibèrica actual». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra.
- (5) MARTÍN, A. (1992). «Problemes de caracterització dels grups del Neolític Antic, a través del registre ceràmic». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra.
- (6) OLARIA, C. (1988). *Cova Fosca, un asentamiento de pastores y cazadores en el Maestrazgo*. Monografías de Prehistoria y Arqueología Castellonenses, 3. Castellón de la Plana.
- (7) BALDELLOU, V. y RAMÓN, N. (en prensa). «Estudio de los materiales cerámicos neolíticos del conjunto de Olvena». *La Cueva del Moro de Olvena (Huesca)*.
- (8) BALDELLOU, V. (1992). «El Neolítico en Cataluña y sus relaciones con Aragón». *Aragón / Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*. Zaragoza.
- (9) MESTRES, J. (1992). «Neolític i territori». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra.
- (10) GALLAY, A. (1989). «La place des Alpes dans la néolithisation de l'Europe». *Awenche, O, y Cauvin, J. (eds.). Néolithisations. B. A. R. International Series 516*.
- (11) SHALINS, M. (1977). *Economía de la Edad de la Piedra*. Akal Universitaria. Madrid.
- (12) BALDELLOU, V. (1988). «Algunas reflexiones sobre el arte rupestre, a través de dos fragmentos impresos de la Cueva de Chaves (Huesca)». *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I, Prehistoria. Homenaje al Profesor Eduardo Ripoll Perelló*. Madrid.
- (13) RIPOLL, E. (1968). «Cuestiones en torno a la cronología del arte rupestre postpaleolítico en la Península Ibérica». *Simposio de Arte Rupestre*. Barcelona.
- (14) ALONSO, A. (1992). «Algunes reflexions sobre la cronologia de la pintura rupestre llewantina». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà*. Andorra.
- (15) GRIMAL, A. (1992). «Consideracions tècniques pictòriques de la pintura rupestre post-paleolítica i la seva relació amb la cronologia». *Estat de la investigació del Neolític a Catalunya. 9^e Col·loqui Internacional de Puigcerdà*. Andorra.
- (16) LLAVORI DE MINEO, R. (1988-1989). «El arte postpaleolítico levantino de la Península Ibérica. Una aproximación socio-cultural al problema de sus orígenes». *Ars Præhistorica, VII/VIII. Homenaje al Prof. Eduardo Ripoll-Perelló*. Sabadell.
- (17) FORTEA, J. (1975). «En torno a la cronología relativa del inicio del arte levantino (avance sobre las pinturas rupestres de la Cocina)». *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, II*. Valencia.
- (18) PERICOT, L. (1945). «La Cueva de la Cocina (Dos Aguas. Valencia)». *Archivo de Prehistoria Levantina, 2*. Valencia.
- (19) MARTÍ, B. y HERNÁNDEZ, M. S. (1988). *El Neolític Valencià. Art rupestre i cultura material*. S. I. P. València.